

lenguaje, respondió á los emisarios estupefactos que tenía una precision de insistir en su demanda, y que llegaria hasta Méjico quisieran ó no los enviados de Motezuma, porque tenía que cumplir las órdenes que habia recibido, antes de volver á dar cuenta de ellas al grande y poderoso monarca que representaba.

Este ultimatum amenazador no dejó replicar á los enviados mejicanos, y suplicaron tan solo á Cortés que les diese tiempo para participar sus intenciones al emperador Motezuma, y Cortés concedió lo que pedían.

Durante el coloquio de Cortés con los enviados se vieron unos pintores que habian traído en su comitiva para dibujar en blancas telas de algodón las cosas mas notables y que mas les llamasen la atencion entre los europeos. Sabiendo Cortés que aquellos cuadros eran para enviarse á Motezuma, quiso que representasen asuntos mas interesantes y de mas efecto en el espíritu y la imaginacion de los mejicanos. Con esta idea formó su tropa en órden de batalla y presentó á los indios el simulacro de un combate europeo. Se asustaron de tal manera, que unos huyeron, otros cayeron al suelo y costó mucho trabajo á los españoles hacerlos comprender que todo aquello no era mas que un juguete dispuesto con el fin de que se divirtiesen.

Los pintores, sin volver enteramente del susto que les causó aquella diversion militar, pintaron con mano trémula las escenas que acababan de presenciar. Terminados los cuadros fueron enviados á Méjico, capital del imperio, juntamente con algunas bagatelas de Europa, y la relacion detallada de todo lo acaecido durante la permanencia de los diputados mejicanos en el campamento español: todas estas cosas iban destinadas al emperador. Entre las sabias disposiciones que los españoles encontraron establecidas en este pais, habia una para que en todos los grandes caminos, desde las mas remotas provincias hasta la capital, hubiese andarines prácticos, empleados esclusivamente en servicio del emperador; se mantenían en todo tiempo á distancias calculadas con exactitud, para comunicar prontamente al monarca la noticia de cualquier suceso que acaeciese en su inmenso imperio.

Como unas 40 leguas separaban á los españoles de la capital, y á pocos dias de la partida de los enviados ya los corredores imperiales transmitieron á Cortés la respuesta de Motezuma. Consistía en una negativa formal, absoluta; pero venia acompañada de regalos, cuya riqueza correspondia al poderío del monarca que se los enviaba al general español. La generosidad de Motezuma estaba calculada para que Cortés no mirase su negativa como una ofensa. Pilpatoe y Teutile empezaron, pues, por depositar á los pies del general español los regalos que 100 indios conducian, y que fueron estendiendo sobre unas esteras.

Aquí se veían telas de algodón que en finura y brillo competían con las de seda; allí imitaciones de animales, de árboles y otros objetos, hechas con plumas de diferentes colores, pero con tanto arte que se equivocaban con la realidad. Mas allá brillaban brazaletes, collares y otras joyas preciosas que revelaban en los artifices mejicanos suma habilidad, unida á mucho gusto.

Los españoles no se cansaban de admirar principalmente dos globos de gran dimension; uno de ellos de oro macizo que representaba el sol, y el otro de plata que representaba la luna. Habia tambien entre aquellos regalos muchas cajas llenas de piedras preciosas, perlas y oro en granos.

Cortés aceptó estos regalos, manifestándose muy complacido de las primeras demostraciones amistosas del emperador, tanto que los dos embajadores, animados con el cortesano lenguaje y aire afable del general español, creyeron que era aquella la ocasion mas oportuna para darle á entender, en nombre de su soberano, que era imposible el permitir que entrasen tropas extranjeras en la capital, y aguantar que permaneciesen mas tiempo en el imperio mejicano, y que el emperador invitaba al general español y á sus soldados á que se volviesen á embarcar lo mas pronto posible.

Al escuchar esta contestacion, que Cortés fingió recibir como una ofensa, les declaró nuevamente que no podia conformarse con tan terminante negativa, y que su honor y el de su soberano exigían ya que no diese la vuelta á su pais antes de haber tenido con el emperador Motezuma la entrevista que reclamaba.

Júzguese ahora la sorpresa de aquellos mejicanos, de aquellos hombres acostumbrados á humillar sus frentes á la voluntad omnipotente de su amo, cuando escucharon las palabras del hombre audaz que se atrevia, no solo á entrar en contestaciones, sino á oponerse abiertamente al grande emperador. En concepto de aquellos esclavos la respuesta de Cortés era un atentado horrible, un abominable sacrilegio, y por esta causa permanecieron durante algun tiempo inmóviles y mudos. Cuando al fin se recobraron de su turbacion, suplicaron al general español que les concediese nueva próroga para dar parte al emperador de la obstinacion del gefe de los extranjeros: Cortés accedió á la peticion de los diputados; pero exigiéndoles pronta respuesta.

Aunque ostentaba mucha calma y seguridad, no dejaba de tener sus inquietudes, y la incertidumbre del resultado de aquellas largas negociaciones tenia su ánimo en continua y profunda ansiedad. No podia desconocer la temeridad de su empresa, ni engañarse acerca del poder del estado que se proponia invadir con una pequeña tropa de aventureros, que todos habian de sucumbir tarde ó temprano en lucha tan desigual. Estas consideraciones no le detuvieron; insistió en su designio, bien resuelto á desafiar y sufrir las consecuencias de su audacia, porque tampoco le era posible volver á Cuba sin esponerse á la venganza de Velazquez, irritado por su desobediencia á sus órdenes. Habiendo de elegir entre una empresa cuyo triunfo justificaria la temeridad de acometerla ó le haria sucumbir con gloria, y la perspectiva de una muerte ignominiosa por mano del verdugo, prefirió el partido que mas convenia á su emprendedor carácter y á su alma ambiciosa: resolvió llegar hasta Méjico, abriéndose paso con la punta de su espada.

No todos sus compañeros estaban determinados como él. Habia entre ellos algunos partidarios de Velazquez, los que se esforzaban á comunicar sus inquietudes á los demas soldados, incitándolos á pedir al general que los volviere á Cuba. Estos manejos fueron ineficaces, porque se estrellaron en el entusiasmo que animaba á la mayor parte de los españoles, que esperaban hallar inmensas riquezas en Méjico, de donde todavía esperaban una respuesta favorable.

Sus esperanzas, sin embargo, quedaron frustradas: Motezuma, aunque alarmado de la obstinacion de Cortés, seguía con el mismo empeño de negarle la entrada en Méjico, y para alejar de una vez aquellos extranjeros de sus estados envió á Teutile con este ter-



rible mensaje al general español: esta vez Cortés se manifestó menos orgulloso, y deseando ensayar el efecto de la moderación en el monarca mejicano, respondió con estudiado comedimiento: «Que uno de los principales deberes de la religion cristiana, era la instrucción religiosa del prójimo, y su iniciación en las verdades que aseguran la eterna felicidad; que habia sido enviado por el gran emperador de Oriente, su soberano, á Méjico, para libertar al dueño de este grande imperio y á todos sus habitantes de los errores y falsedades de la superstición y la idolatría; que para conseguir un resultado tan feliz necesitaba hablar con el emperador, y que por tanto les declaraba de nuevo que era indispensable se verificase esta entrevista cuanto mas antes.»

Teutile indignado, estuvo á punto de interrumpir al intérprete que le comunicaba el discurso de Cortés, porque apenas podia dominar su impaciencia y su enojo. Se levantó diciendo con acento colérico, que puesto que las representaciones amistosas de nada servian, veria él de emplear otros medios mas eficaces para que se cumpliesen las órdenes de su soberano. Apenas hubo pronunciado estas palabras, se retiró precipitadamente con toda su comitiva y cuantos mejicanos habia en el campamento español.

La retirada de Teutile y la huida de todos los habitantes que hasta entonces habian surtido de víveres á los españoles, sumergieron á estos y á Cortés en una profunda consternación. Bien se les alcanzaban las graves consecuencias de aquella retirada simultánea, y empezaban á sentir las rigores del hambre. Bien pronto el desaliento se hizo general y los descontentos se aprovecharon de él para intentar que Cortés diese la vuelta á Cuba, acusándole entre los soldados de que los conducia á la muerte, queriendo sacrificarlos á su temeraria ambición.

El prudente general, tan sagaz como valeroso, quiso conocer la disposición de la mayor parte de sus soldados; las personas de confianza á quienes encargó que les preguntasen disiparon los temores que le habian hecho concebir las intrigas y las pérfidas sugerencias de los secretos partidarios de Velazquez. Contando para lo sucesivo con el afecto de casi todos sus compañeros, reunió á los promotores de la insurrección y se presentó á ellos sin la menor señal de disgusto á vista de sus enemigos, á quienes la serenidad de su rostro tranquilizó completamente. Consultóles acerca del partido que convenia tomar en aquellas circunstancias, invitándoles á que manifestasen su opinión. Ellos entonces se creyeron autorizados para decirle lo que pensaban y todos opinaron que era preciso embarcarse inmediatamente.

Cortés los habia escuchado con la mayor calma y les respondió con la misma serenidad, que él no era de la misma opinión acerca de los peligros que tanto les asustaban y que el temor les hacia exagerar; pero que de todos modos no pretendia que le acompañasen por fuerza ni oponerse á su deseo.

Al instante mandó que se anunciase en el campamento el próximo embarque de las tropas, avisando á los soldados que estuviesen dispuestos para él. Esta noticia dejó pasmados á los españoles que, desde que habian puesto el pie en aquella tierra, lisonjearan su codicia con las mas brillantes esperanzas. ¡Haber de renunciar á las ilusiones de tesoros, al porvenir de conquistas y de gloria que Cortés habia prometido á su ambición! Iban pues á volver vergonzosamente sin ha-

ber recibido la mas pequeña indemnización de las fatigas sufridas, de los peligros en que habian aventurado su existencia, al punto de donde habian salido, acompañados de los mas venturosos presagios y de los estímulos de la muchedumbre. No, desobedecerán á su general y no se someterán á una orden que le deshonra. En todos los parages del campamento la indignación de los soldados se desahoga en violentas murmuraciones y en amenazas contra Cortés.

Esto era lo que él queria; la cólera de los soldados favorecia tanto sus proyectos, que para estimularla envió á sus confidentes para que acriminasen con vigor la conducta del general, insinuando que solo el miedo le obligaba á renunciar á su empresa. Esta diestra maniobra escitó un gran tumulto en el campo, y los soldados pidieron á una voz que Cortés renunciase el mando de una tropa á que abandonaba y que se volviese á Cuba. Este era el momento que Cortés esperaba para presentarse.

Empezó manifestando la mayor sorpresa á vista de aquel desorden; pero este se aumentó con la gritería. Los soldados furiosos rodeaban á su general para reconvenirle porque desconfiaba de los ventajosos resultados de una empresa de gloria para la España, y le declararon que ellos por su parte sabrian elegir jefe mas digno de mandarlos, y que á sus órdenes lograrían el noble fin de sus trabajos y sus esfuerzos.

Semejante conducta y tal lenguaje eran graves ataques á la disciplina militar; pero Cortés estaba en el colmo de sus deseos viéndose atacado con tal violencia, porque observaba que esta comedia caminaba al desenlace que él tenia preparado.

Respondió que jamás se le hubiera ocurrido renunciar á una empresa gloriosa cuyo triunfo no le parecia dudoso si no le hubieran participado el desaliento del ejército, y que habia tenido que ceder á una imperiosa necesidad, dando la señal de una retirada que todos los soldados pedian; que con el mayor sentimiento habia tomado una resolución tan contraria á sus deseos y esperanzas.

Fué interrumpido por sus soldados que le decian á gritos que le habian engañado indignamente; que unos pocos cobardes habian tomado el nombre del ejército para calumniarle, y que lejos de ser cómplices de su cobardía los soldados de Cortés estaban prontos á seguirle á donde quisiera guiarlos, y que á las órdenes de tal jefe arrostrarían los mayores peligros y aun la muerte.

El general español dió gracias á sus soldados por haberle desengañado y los felicitó por su constancia, anunciándoles que iba á tomar todas las disposiciones para fundar una colonia en el parage en que se encontraban para penetrar así con mas seguridad en el centro del imperio, cuyo soberano pretendia insolentemente obligarlos á salir de sus costas. Con gritos de alegría fueron recibidas estas palabras que habian electrizado á los guerreros españoles.

Quería entretanto Cortés aprovechar una circunstancia tan favorable para legitimar su mando, porque su autoridad podia ser puesta en duda y gravemente comprometida, desde que Velazquez habia revocado los poderes que le otorgó.

Como se proponia fundar una colonia, formó para ella su ayuntamiento, teniendo cuidado de que le compusiesen hombres afectos á sus intereses. Cuando esta especie de tribunal quedó establecido y el general hubo instalado en él á los nuevos magistrados, se pre-



sentó á ellos llevando su baston de mando, y con el mas profundo respeto al tribunal le dirigió el siguiente discurso:

«Desde este dia, señores, os considero como los representantes y delegados de nuestro augusto soberano, por consiguiente vuestros falos tendrán para mí la autoridad de las mas sagradas leyes. Sin duda os hallais convencidos de la necesidad que tiene el ejército de ver á su frente un general cuyo poder no esté sometido al capricho del soldado; pues bien, señores, mi autoridad está en cierto modo á merced de su inconstancia. Desde que el gobernador de Cuba me destituyó de las funciones que me habia confiado, se pueden poner en duda mis derechos al mando; esto es lo que me obliga á depositarlo en vuestras manos. Aho-

va colonia el nombre de Villa Rica de la Vera-Cruz, llamándola Rica porque a li era donde los españoles habian juzgado por primera vez de las inmensas riquezas de Méjico, á vista de los magníficos regalos que Motezuma habia ofrecido á Cortés, y porque esperaban que los tesoros del imperio vendrian á parar allí tambien. Añadieron tambien al nombre de Villa Rica el de Vera-Cruz, porque el dia en que habian desembarcado era precisamente un Viernes Santo.

Sin embargo, la villa que entonces se fundó no es la misma conocida hoy con el nombre de Vera-Cruz. Cortés tuvo que trasladar bien pronto la colonia á algunas millas mas al Sud, á otro parage mas favorable para un establecimiento de este género.

En el momento en que se disponia la partida ocur-



Cortés en Cempoala.

ta, señores, elegid, nombrad comandante en nombre del rey al oficial que os parezca mas digno de este honor. Por mi parte estoy pronto á dar á mis compañeros, como soldado raso, el ejemplo de la obediencia al que tengais á bien elegir comandante.»

Al pronunciar estas últimas palabras inclinó su baston de mando, presentándosele con respeto al presidente, dejó sobre la mesa el título de su autoridad militar y se retiró.

La dimisión de Cortés fué admitida por los jueces, que desempeñaron con singular gravedad el papel de que él mismo los habia encargado. Procedióse en seguida á nueva eleccion y por segunda vez Cortés fué proclamado por unanimidad de votos. Concluido este acto el tribunal anunció su resultado á las tropas reunidas, que con su adhesion y sus aplausos ratificaron la eleccion verificada.

El ayuntamiento formado por Cortés puso á la nue-

rió una circunstancia que favorecia grandemente los proyectos de Cortés. Cinco indios, enviados por un cacique vecino, se presentaron en el campamento de los españoles y solicitaron el favor de ser presentados al general. Consintió en recibirlos, y entonces uno de ellos declaró por medio del intérprete que la fama de las hazañas y gloriosas proezas de los españoles en Tabasco habia llegado á noticia del cacique de Cempoala, su señor, y que admirando el valor de tan ilustres extranjeros anhelaba ser su aliado y su amigo.

Altamente satisfecho quedó Cortés de estas demostraciones amistosas y de esta proposicion de alianza, y mas todavia cuando por las preguntas que hizo á los embajadores supo que los vasallos de Motezuma, y entre otros los de Cempoala sufrían con impaciencia la dominacion del emperador, que su orgullo y su crueldad habian hecho insoportable su gobierno, y que sus enemigos estaban prontos á aprovechar la primera oca-



sión favorable para libertarse de su tiranía. Sabiendo Cortés que un imperio por poderoso que sea está próximo á su ruina cuando el soberano ha perdido el amor de sus vasallos, ya no dudó del buen resultado de su empresa.

Despidió á los embajadores colmándolos de regalos y encargándolos que dijese á su señor que el general español iría muy pronto á visitarle. Deseaba él por otra parte visitar un país que le habian pintado

nada se parecían á los libros de Europa. Estaban formados de pergamino ó de pieles engomadas y dobladas para formar las hojas, presentando en lugar de letras una gran variedad de figuras y emblemas, lo que hizo sospechar con fundamento que aquellos libros servirían para las ceremonias del culto mejicano.

Continuaron los españoles su marcha al día siguiente, encontrando siempre al paso abandonadas pobla-



Vista de Vera-Cruz.

como mucho mas á propósito para establecer una colonia que el parage que entonces ocupaba.

Púsose inmediatamente en marcha con sus tropas, mientras que la escuadra iba costeano. Al fin de la primera jornada el ejército español entró en un pueblo indio enteramente desierto, porque los habitantes habian abandonado sus casas. En los templos se encontraron ídolos, huesos humanos, restos horribles de sus abominables sacrificios, y muchos libros. Eran estos los primeros que se encontraban en América; pero en

estas soledad les pareció de mal agüero, y se temían que el cacique de Cempoala los hubiera engañado para llevarlos á alguna emboscada. No obstante, al anochecer llegaron 12 indios con víveres que el cacique enviaba á los españoles. Les habia encargado ademas suplicasen al general español llegase hasta su residencia, que solo distaba un sol: lo que en el lenguaje mejicano queria decir que solo faltaba un día de camino. Allí esperaban á los extranjeros refrescos de toda clase.



Queriendo saber por qué el cacique no salía á recibir á los españoles, contestaron los indios que una grave incomodidad le obligaba á estarse en casa. Cortés se quedó con seis de aquellos indios, para que le sirviesen á un tiempo mismo de rehenes y de guías, y envió los restantes para que anunciasen al cacique la pronta llegada de los españoles.

Al día siguiente, el ejército español dió vista á la ciudad en que habitaba el cacique, situada en país agradable y fértil, y con una perspectiva que anunciaba desde lejos una ciudad de bastante importancia. Los compañeros de Cortés se pusieron muy alegres al verla, y mas todavía cuando los soldados de vanguardia vinieron diciendo que las paredes de la población eran de plata. Este fué un cruel engaño para las tropas de Cortés, que pronto advirtieron que la blancura de las paredes consistía en la cal con que estaban blanqueadas, á la que los rayos del sol comunicaban un vivo resplandor.

Esta ciudad presentó á los españoles un notable contraste con las otras que habían encontrado en el camino; lejos de huir los habitantes se agolpaban en las calles y plazas para ver entrar á los hombres blancos y gozar de un espectáculo tan nuevo. Este apresuramiento no era brutal y grosero, y los españoles no fueron molestados con las demostraciones de una curiosidad indiscreta ó demasiado estrepitosa. Al llegar á la habitación del cacique se presentó este, y entonces se conoció qué especie de incomodidad era la que le había impedido el salir al encuentro de sus nuevos aliados; era una gordura monstruosa que apenas le dejaba moverse, y para que pudiese dar un paso tenían que irle sosteniendo algunos de su servidumbre. Esta obesidad que tanto le desfiguraba, le hacía tener al mismo tiempo una facha tan grotesca, que á Cortés le costó mucho trabajo el mantenerse sério y contener la algazara de sus soldados, á quienes retozaba la risa en el cuerpo al ver el desmesurado volumen y anchas proporciones de aquel abdomen. Por lo demás el cacique era un personaje muy grave; llevaba un brillante traje, formado de un manto de algodón guarnecido de piedras preciosas, las que tambien llevaba en las narices y en las orejas, taladradas de parte á parte para colgarse adornos de esta clase.

Las palabras que dirigió al general español al tiempo de saludarle, estaban llenas de benevolencia y sabiduría, y al fin del discurso, que agradó mucho á Cortés, le convidó á pasar á su habitación para que allí pudiesen tratar con mas comodidad de sus comunes intereses. Cortés aceptó este atento convite, disfrutando en casa del cacique una hospitalidad que prevenia todas sus necesidades y sus deseos, mientras que tambien se suministraban con abundancia á los españoles cuantos auxilios podian necesitar.

Conferenciando con este gefe indio, Cortés que deseaba conocer sus verdaderos sentimientos y sus disposiciones respecto del soberano de Méjico, le habló del objeto de la expedición de los españoles, anunciando al cacique que habia sido enviado por el emperador de Oriente para esterminar á los opresores de los pueblos en aquella parte del mundo. Animado el cacique con esta declaración, dejó desahogar todo el odio que le animaba contra Motezuma, en amargas quejas y en violentas reconvenções; representó al emperador de Méjico como un déspota sanguinario, cuyo yugo deseaban sacudir todos sus vasallos. Era tal la emoción de este cacique trazando el cuadro de

la tiranía de Motezuma, que todo su rostro estaba bañado de lágrimas.

El general español procuró calmarle, tranquilizándole con la promesa de la protección poderosa de los españoles contra el tirano de Méjico, puesto que Dios protegía los esfuerzos de los españoles y combatía á favor suyo.

Al día siguiente el ejército se puso en marcha para Quiabíslan, punto elegido por Cortés para fundar una colonia. Despues de haber cruzado campos notables por su fertilidad y bosques muy amenos, llegaron á la ciudad de Quiabíslan, situada en una altura y rodeada de peñascos que formaban en rededor suyo una muralla natural. No se encontró un habitante siquiera, porque todos habían huido al acercarse los españoles; pero al llegar á la plaza principal 13 indios salieron de repente de un templo. Despues de saludar á los españoles les dijeron que el cacique y todos los habitantes volverian en el acto á sus casas si se daba palabra de no hacerles daño ninguno. Cortés les habló en términos de tranquilizarlos completamente, y bien pronto la ciudad volvió á poblarse, pues el mismo cacique hizo volver á los habitantes que huían con el miedo.

Este cacique y el de Cempoala fueron conducidos en andas al campamento español. Los dos gefes, en el coloquio que tuvieron con Cortés, manifestaron con mucha viveza su aversión á Motezuma, y obligaron de esta suerte al general español á que les ofreciese nuevamente su auxilio para romper un yugo que se les hacía insoportable.

Esta conferencia fué turbada é interrumpida por unos indios que llegaron muy azorados á decir algunas palabras al oído de los dos caciques. Asi que estos las escucharon dieron muestras de su turbacion y se levantaron para salir, acompañados de algunos oficiales de Cortés. A poco rato se vieron seis ministros de Motezuma, vestidos con ricos trages y acompañados de numerosos esclavos, algunos de los cuales les iban llevando quitasoles de pluma. Cruzaron por el campamento español, y al pasar por delante de Cortés y sus oficiales se atrevieron á ejecutar algunos ademanes de desprecio; pero cara hubieran pagado su insolencia si Cortés no hubiera contenido á sus soldados, que iban á precipitarse sobre los indios.

Envióse á Marina para que se informase de lo que iba á suceder y volvió bien pronto diciendo que aquellos ministros habian hecho comparecer á los caciques y los habian reconvenido ásperamente por su amistad con los estrangeros, declarándoles que su conducta era una vil traicion, y que el único medio que les quedaba de aplacar á su irritado monarca y obtener su perdón era entregarle ademas del tributo ordinario 20 indios destinados á apaciguar con su sangre la cólera de las divinidades ultrajadas.

Al oír esta relacion Cortés apenas podia contener su enojo; pero escuchando al fin los consejos de la prudencia, se limitó á llamar á los caciques para mandarles que no obedeciesen las sanguinarias órdenes del emperador y que prendiesen á los ministros encargados de trasmírselas, asegurándoles que él aceptaba la responsabilidad de los sucesos. Los cacique titubearon un momento; tan acostumbrados estaban á una ciega obediencia á su soberano; pero Cortés hablaba en unos términos que no admitian réplica ni incertidumbre. Los ministros de Motezuma fueron arrestados, sin que al parecer los españoles se hubiesen mezclado en este asunto.



Entonces los mismos caciques que primeramente habian dudado echar mano á los mensajeros del emperador, quisieron degollarlos en lugar de los indios que Motezuma reclamaba. Cortés libró estos prisioneros del cobarde furor de los caciques y los mandó custodiar por soldados españoles.

Como deseaba ante todas cosas evitar un choque con las tropas de Motezuma, recurrió á una astucia para disponer favorablemente el ánimo del emperador á disposiciones pacíficas. Queriendo hacer creer á este monarca que él no habia tenido parte en el mal trato que habian sufrido sus ministros, y que hasta habian sido preservados de una suerte cruel por la intervencion del general español, hizo que le trajesen por la noche dos de los prisioneros, y quitándoles las cadenas les anunció que estaban libres para volverse á su señor.

Ademas les encargó que dijesen al emperador que el general español haria los esfuerzos posibles para librar tambien á los demas prisioneros, y á estos se les dijo al día siguiente que sus dos compañeros de armas se habian escapado por la noche.

Entre los caciques de las montañas vecinas habia algunos que no sufrían con menos impaciencia la tiranía de Motezuma; estos gefes de razas indias, que tenían el nombre comun de totonaques, se sometieron voluntariamente á los españoles, y declararon que reconocian al rey de España por su único señor.

Entonces los españoles empezaron sus trabajos para la fundacion de una colonia en un parage situado entre Quiabislan y el mar. Cortés eligió este sitio á causa de la fertilidad del suelo y cercanía de las costas: las inmediatas selvas proporcionaban en abundancia maderas de construccion. El nombre de Villarica de la Vera-Cruz que tuvo en un principio esta colonia, se ha reducido hoy solo á Vera-Cruz. Cortés se puso al frente de los trabajadores para animarles, y vió con satisfaccion elevarse tan rápidamente las construcciones, que al cabo de un mes, la plaza estaba formada y circuida de murallas bastante sólidas para resistir los ataques de los indios.

Entretanto los dos indios soldatos por Cortés, habian dado cuenta á Motezuma de lo sucedido en el campamento de los españoles, elogiando mucho la generosidad de su general. El emperador, que ya se disponia á marchar contra los españoles á la cabeza de un ejército poderoso, cayó en el lazo que le armó Cortés, y creyó, por lo que le contaron los indios, que todavía podia por medio de la persuasion alejar de su imperio aquellos estrangeros. Se determinó por lo tanto á enviar otros embajadores que ofreciesen á Cortés regalos considerables, y le presentasen dos jóvenes principes, parientes cercanos del emperador.

Llegaron los embajadores al campamento español al tiempo que se acababan las murallas de la nueva ciudad; entregaron al general los regalos que le estaban destinados, y despues de haberle dado las gracias en nombre del emperador, por lo que habia hecho en favor de sus representantes, le invitaron á salir de los estados mejicanos. Segun su costumbre, Cortés recibió con mucha distincion á los enviados de Motezuma, y antes de contestar al objeto principal de su mision, puso en libertad á los cuatro prisioneros. Despues declaró que sentia mucho lo que habia pasado; pero que el emperador ya debia entenderse solo con él por la prision de sus ministros: que los cristianos detestaban los sacrificios humanos, y que su religion les prescri-

bia abolir tan bárbara costumbre donde quiera que la hallasen establecida; que el cacique de Cempoala y el de Quiabislan tenían derecho á la clemencia del emperador, y que su conducta con los españoles habia sido con arreglo á los deberes de una generosa hospitalidad; procurando hacer olvidar al general de los estrangeros las faltas en que Teutile habia incurrido por su culpable insolencia. En fin, que tocante á la cuestion de su partida, el emperador debia tener entendido, que él no podia retirarse y volver á su patria antes de haber tenido una entrevista con el soberano de Méjico, y que por otra parte los españoles no retrocedian ante ningun peligro cuando se trataba de cumplir las órdenes de su rey.

La serenidad y aire magestuoso del general impusieron á los embajadores, que se apresuraron á volver á dar cuenta al emperador de la respuesta de Cortés.

Determinado éste á llegar hasta Méjico, hacia los preparativos militares de tan arriesgada expedicion; pero su excesivo celo por los intereses de la religion estuvo á punto de comprometer una empresa, que todo concurria á presentar como muy fácil. Noticioso de que debia verificarse un sacrificio humano en un templo de sus aliados, acudió con algunos de sus campeones, y amenazó que lo llevaria todo á sangre y fuego sino eran puestos al instante en libertad los prisioneros que estaban bajo el cuchillo de los sacerdotes. Esta providencia era loable, y la humanidad la justificaria en caso necesario. De aqui no debia pasar el celo del general; pero quiso que los ídolos fuesen hechos pedazos por los mismos sacerdotes, y obligar á los ministros de un culto bárbaro á renunciar á sus supersticiones. Cortés se olvidaba de que aquellos hombres no conocian todavía una religion mejor que la que él les mandaba abjurar.

Cuando los sacerdotes escucharon la orden del general español, prorumpieron en gritos y lamentos, y puestos de rodillas delante de Cortés, le suplicaban que no les impusiese tan cruel sacrificio: su cacique, temblando no se atrevia á interceder por ellos, y guardaba un sombrío silencio. Cortés fué inflexible y mandó á sus soldados que derribasen los ídolos. Entonces los sacerdotes, sacando fuerzas de su misma desesperacion, llamaron al pueblo á las armas, y en pocos instantes Cortés y los suyos se vieron rodeados de una multitud de hombres furiosos. En tan crítica situacion, el general español no dió señales de acobardarse, y anunció por medio de Marina á los indios, que si se atrevian á disparar una sola flecha contra los españoles, perderia la vida el cacique, y con él pereceria todo su pueblo. Los soldados, ejecutando las órdenes de Cortés, echaron á rodar, todos revueltos por las gradas abajo, los ídolos, los altares y vasos sagrados, que se hicieron menudos pedazos. Laváronse las paredes, salpicadas de sangre, y una imágen de la Virgen ocupó el lugar del principal idolo mejicano.

Los indios, mudos testigos de esta ejecucion terrible, se imaginaban que el fuego del cielo iba á consumir á los profanadores de su templo, á los destructores de sus divinidades; pero cuando vieron que los españoles quedaban sanos y salvos, esta impunida les hizo suponer que el dios de los estrangeros debia ser mucho mas poderoso que los ídolos mejicanos, y recogiendo los fragmentos esparcidos, los quemaron, para manifestar el desprecio que les inspiraban tan impotentes divinidades. Los españoles trasformaron el tem-